

ré á todos es que soy vuestra hija, que no me habeis respetado, que me habeis manchado, vil sucio, inmundo. . . . Si, he robado ese diamante! . . . Si, y robaré otros. Joyas, muchas joyas para pagar mi vergüenza. . . . abrázame, bésame! Te amo. . . . te amo. . . . ¡Te amo! Id avisar la á policia. ¡Os mataremos esta noche y patearemos tu aborrecido cadáver!

A estas bruscas revelaciones, Rabbas palideció. Dió algunos pasos hacia ella, sacó del bolsillo un puñal, lo volvió á la vaina, sonrió como un demonio y salió del cuarto á reculones, estendido el puño y plegado en dos el cuerpo.

—Es quizás nuestra muerte, pero has tenido razón mi vida.

Y Mazaltob, alzando los ojos al cielo, acarició á su audaz querida cuyo seno tenia un ritmo mezclado de extásis y furor.

—¡Abusar de su hija, señores! ¿Hay algo más degradante? Es toda suspiros. Calmate, luz de mis ojos. Vamos á vender las pedrerías y á huir en una barca, á mi país, que está cargado de sol, de héroes, de riquezas, en donde habitarás un palacio digno de tu cuerpo espléndido. Adios, señores, abandonamos la ciudad.

Se atusó el bigote, saludó caballerescamente, y dirigiéndose á Schorel:

—Deseábais mi cuadro; os lo dejo. Que él os recuerda un par de amantes dignos de conmover excelentes corazones. Deseadnos buena suerte y ¡por Cristo! En camino!

V:

Por última vez se volvieron Shakespeare, Fischart y Schorel por la llanura en donde se estancaban las bandas de oro de los canales y en donde un rayo de sol—uno solo—salpicaba su barba blanca (grande todavía.) Con gesto amplio designando el horizonte rojo y rosado, les gritó con su voz cascada.

—¿Es bello, verdad? ¿Conmovedor? ¡Adios, amigos que desapareceis en la luz.

El poeta dijo á su compañero:

—Este fué amasado de alegría y vigor. Como vos tenéis el amor de la humanidad, él tuvo el de la naturaleza. Y nos separamos de él como debemos separarnos, por el espléndido intervalo del otoño.

Fischart, que por una especie de pudor disimulaba gustoso su sensibilidad, replicó:

—Es un noble espíritu. Siento que el viejo puerco de Doelen haya sido sumergido en la orgía hasta el momento de nuestra partida. Será así para mí una de las mas pintorescas figuras de Amsterdam.

Marchaban aprisa y regularmente. Wiliam, además de su alforja llevaba una espada que le habia aconsejado comprar el libelista. Marchaban á los recientes recuerdos los espectá-

culos nuevos que les asaltaban á cada paso: mohino privado de sus alas y semejante á un pajarero herido, silueta épica y sombría del pastor vigilando su rebaño, soldados en marcha y cantando, audacia exagerada, bocas sonoras, muros de piedras desunidas, atravesadas por el sol y semejantes á encajes de fuego. Fischard, sonriendo, se los enseñaba.

—Antes hubiera buscado ahí una comparación moral, porque me gustaba unir, metafóricamente, el hombre á lo que le rodea. Por desgracia, así se embrolla uno y las ideas son menos claras.

—Blasfemais, mi querido satírico. Nada iguala al poder de las imágenes. Apasionan los fríos debates del cerebro y os animan hasta tocar el corazón. ¡Oh! yo invocó las imágenes. ¡Ojalá iluminen mis dramas futuros, bañándolos, como el astro esas murallas!

—¡No habeis escapado á ellas!

—Así lo he querido. El mundo es un tejido extraño, donde por cada malla, la vida y la muerte están asociadas; un tejido móvil, donde tiemblan la piedra y la madera. en donde la sangre, de pronto, se detiene y endurece; un tejido estrellado de miradas dobles, cuyo reverso es físico y cuyo anverso es moral. Yo, William Shakespeare, mostraré que todo se relaciona, que en los sueños de un vagabundo, están encerrados más reinos que los que pueden dar nuestra tierra, que la contemplación asidua de un pantano, equivale á un viaje por mar y la de un gesto á una nueva existencia. El otoño se apresura al rededor de nosotros. Mirad esta carrera de un aire puro que se lleva las aromas del verano, la bruma ligera de los campos y prepara su próximo sudario, el orin universal de las aguas, de las praderas, de los arbustos, porque la estación cálida se satura ahora de un rocío húmedo. Los menores animales se acercan unos á otros para contarse ese acontecimiento. Los pájaros se van á ir muy pronto, y oyen á lo lejos, hacia el mar, el negro ruido de los cuervos rapaces. ¿No hallamos en ese espectáculo prendas de nuestra transformación? No es el emblema escorzado de nuestra perpetua decrepitud, desde la cuna embustera donde la muerte á la

sordina ha tomado el sitio de nuestra madre, y para adormirnos nos canta el viejo aria de las metamorfosis. . . . Por eso Fischard, descende, desnudo y sin miedo, en el torrente de las imágenes. Ruedan sobre mí, me arrastran y me tragan, pero la cabeza sale, sacude la onda y brilla de alegría.

Yo he sido como vos. El fuego de mis veinte años me hacia besar los árboles, y yo asociaba las flores á mis sueños. Mas tarde he adquirido la melancolía. Hoy me exalta la cólera y en el ardiente brasero arrojo corazas de españoles, sombreros de jesuitas y crucifijos de la Inquisición. Hay algo más interesante que las imágenes, aún las sublimes: son los caracteres. Conozco á Juan Fischard, mi compadre, un lírico de quien ha hecho un satírico el destino. Yo he conocido sacerdotes que se han hecho ateos, enamorados secos como un rastrojo, apasionados cambiados en egoístas y tímidos transformados en orgullosos.

Sí, el sufrimiento es un buen carpintero: Coje nuestra materia sensible y la trabaja en mil objetos. Un golpe por aquí y otro por allá. Una clavija, y las virtudes caen.

—Ojalá aparezcan esos cambios en los dramas que meditados. Pero el teatro es un arte rudimentario. No muestra más que la catástrofe. La novela, tal como la escribe Rabelais, me parece preferible para el estudio profundo del hombre. En novela sois libre, desembarazado del cómico y del público. Es el lector quien planta la decoración y discretamente le habla á él solo. ¡Poder de las frases cuchicheadas! La imaginación tiene que trabajar, tomando un instante vuestra pie y vuestros gestos. Va hacia vos; no vais á él. Lo que se manifiesta por un acto, es por eso mismo, medio muerto. Cada drama es un motivo de cadáveres, ¿Habeis rotado que toda palabra viene á nosotros bajo la forma de una injuria y todo movimiento bajo el de un golpe; que toda mentira y toda perfidia nos persiguen y nos matan?

Los pensamientos emanados de nosotros buscan un cuerpo para asaltarnos; cuanto más altos y refinados son, más larga y difícil esa pesquisa. ¡Cuántas veces, entre los campos lemanes saqueado, á la luz de los rios, de tal á tal,

nombres, las bestias y las selvas, he pensado en las predicciones de Lutero! Realmente, ese gran hombre ha vomitado fuego, escrito con sangre y hablado por el hacha. No conozco nada más heroico que esas luchas que van de la frente á las entrañas. Esas son las tragedias que me agradan y las imágenes que me inflaman.

La discusión continuó en la barca que trasportó á Shakespeare y Fischart de una á otra orilla del Zuydezzée. El viento era bueno y la corriente favorable. Una lluvia fina que erizaba el mar, acéitoso y gris, lo semejava, según el satírico, á una superficie de manteca y polvo. El poeta notaba en su amigo una extraña facultad de contradicción.

—¿Siempre fuisteis así?

—Siempre. Cuando pequeño, bastaba que me indicaran el camino á la izquierda para que yo tomara el de la derecha. Mis propios entusiasmos son para mí, á la larga, motivos de odio. Hay mañanas en que quisiera virar á la vez mi cuerpo y mi espíritu. ¿Y cual es vuestro vicio querido, hijo de la sabiduría Inglaterra?

—El cambio. Mi ideal son las olas, por lo movibles. Cuando me inclino sobre mi alma, es la tempestad y la veo descomponerse en miriadas de almas elementales. Cuando me aparto, es la calma. Mi bajel, tranquilamente, navega. ¡Alguna vez, por casualidad, sentado sobre una roca, en el momento en que baja la marea, no habeis cerrado los oídos á su estruendo, para no percibir más que el paso de las aguas por las hendiduras, el chasqueo de las olas, el susurro á lo largo de las orillas, sobre las ovas? Cuando la pasión me invade, me atrae sobre todo ese murmullo, murmullo de retirada y fuga, y soy libre entre cadenas. Cuando al contrario, me seco, oigo lejanas trompelas que presagian la llegada de las emociones reales. Un sentimiento se me aparece siempre como el vestido de otro, como un viejo formado de muchas juventudes que se cubren unas á otras.

Fischart tuvo una fina sonrisa:

—Creo que las tierras adonde abordamos os preparan sorpresas groseras. ¡Bahl sabreis afinarlas!

En las costas de la Frisa, lisas y bajas, como una banda brillante lodo, se alzaba un montón irregular de casas y castillos, piedras y cerros negros en la bruma. La extrema humedad del aire hacia indistintas estas siluetas. Entre las aguas muertas y el cielo apagado, parecían los límites del mundo confines desolados y trágicos.

—Esto oprime el alma—murmuró Shakespeare.

—No nos dejemos, amigo mio, gobernar nunca por el paisaje. Solo los animales tiemblan en cuanto baja la temperatura y la nieve prepara sus blancas pieles. Yo adoro los horizontes amarillos y cargados de bruma, el pantanoso Zuydezzée, y esa Stavercor de cara de Lapón

• Apenas desembarcaron, procuráronse los extranjeros de buenos caballos.

—Indispensables compañeros á través de mi oscura Alemania—declaró Fischart.

Examinó largamente los que le mostraban algunos chakones astutos y engañadores. Rechazó unos diez por defecto que en seguida veían sus ojos agudos, y escogió, en fin, un par, negros y de fiera apariencia. Llamó al suyo *Windex*; de William, *Huracán*, y llenos de un deseo de rapidez, se lanzaron al galope por el campo.

Atravesaron llanuras monótonas y verdes, mojadas por bruma. Aquí y allá, á lo lejos, pacían bestias gruesas, que apartaban pesadamente, para mirarles, la cabeza. En ligeros coches de madera coloreada pasaban aldeanos y aldeanas ricamente vestidos, porque las mujeres tenían cabelleras semejantes á cascotes de oro, caras regulares y semejantes á amazonas. Shakespeare guardaba en sus ojos su sonrisa asombrada.

Se detuvieron en casa de unos arrendatarios. Estos mostraban con ostentación sus establos de una limpieza perfecta sus vacas lustrosas, sus cerdos más gordos que monjes, decía Fischart. Recibían los cumplimientos con caras solemnes satisfechas. William admiraba aquella seguridad, sus ancianas caras, sus frentes combas, sus narices rectas y las comparaba á los reinos romanos de Plutarco, apasionados por los leyes el cultivo, administrando sus granjas como la ciudad. Inter

gados sobre los anabaptistas, respondieron que ellos mismos practicaban su religión y sobre la fe de los profetas, rehusarían los impuestos y la guerra. Esta declaración extasió á Jean Fischart. Les preguntó por el origen de su conversión y les hizo otras mil preguntas. Se asombraban ante los conocimientos teológicos de aquel extranjero y él continuó ardientemente su interrogatorio. Supo así que á alguna distancia comenzaban las aldeas de iluminados y que no eran raros los grandes milagros. Lejos de debilitar su celo, las persecuciones lo habían exasperado. Esos místicos se expresaban con moderación y nobleza. Había un contraste extraño entre sus palabras equilibradas y graves y la violencia de sus teorías. Declaraban que había llegado el tiempo de la supresión de las castas, que todos tenían derecho á la misma suma de alimento, de vestido y de abrigo, y que el verdadero Dios no es más que un símbolo de misericordia y fraternidad.

—Teneis razón—afirmaba Fischart.—Dios, según parece, se ha manifestado una vez, claramente, á los hombres, pero después ha tomado á empeño obscurecerse. Sus grandes enemigos son sus ministros. En seguida los emperadores, reyes y príncipes, en fin, los ricos de todas categorías. Hay una hostia más venerable que las otras y en la cual creó apasionadamente, la pobre, flaca, eterna, emblemática pitanza del grasiento, y que este traga de rodillas, cerrados los ojos, con una fisonomía beata. A través de las generaciones, en medio de un profundo respeto continúa este sacrificio y debe agradar á la providencia, puesto que lo deja cumplirse perpetuamente.

Cuando los dos viajeros entraron en Leuwarden, la ciudad presentaba una animación extrema. La gente acudía allí en peregrinación para ver á un viejo mártir que predicaba, imponía las manos y curaba llagas y fracturas. Shakespeare y Fischart, dejando á *Vindex* y á *Haracán* en la posada, siguieron la multitud. Todas las clases estaban confundidas, porque los corpiños bordados de oro chispeaban, bajo luz triste y lluviosa, al lado de lanas gastadas, y de harapos lamentables. Las tocas de metal pulido y de encages se mezclaban á los gorros de paño rudo; y por las calles estrechas era una proce-

sión de caras y cuerpos en donde se leía distintamente la esperanza. Todos adelantaban balbuciendo oraciones, animándose unos á otros, contando prodigios, y celebraban las virtudes eficaces de aquel á quien iban á implorar y que tenía de los favores celestes el derecho de salud y de vida.

En la antigua iglesia católica, despojada de sus ornamentos, *sin oropel ni quincallería*, vió gozoso el novelista, un hombre de edad, de largos cabellos blancos, de barba blanca en cuadrando su cara macerada, hablando al pueblo con gestos terribles y voz farfulladora. Era el profeta.

—Tiene 103 años.... Le han crucificado..... Ha visitado el infierno.....—murmuraban sus oyentes, extasiados y pintada la admiración en sus caras alzadas. Willian y su amigo, adelantaron á pesar del tumulto, hasta el pie del púlpito y pudieron distinguir bien al personaje. Era alto y flaco, de tal modo, que su camisa de tosca tela parecía flotar al rededor de un esqueleto. Llevaba una cuerda al cuello. Y gritaba:

—Los tiempos han llegado. Los tiempos han llegado. El arcángel ha soplado en su trompeta de bronce y la divina verdad corre ante vosotros buscándoos. Llevad á la plaza pública vuestras joyas, vuestras riquezas. Todo eso es malsano y causa la muerte. Llevad á la plaza pública vuestro orgullo, vuestra gula y vuestros odios. Apestan vuestra casa. Repartid entre vosotros el pan como lo hizo Jesús y como hacemos en Munster. Repartios el vino, el lecho y el beso. No hay que llorar ni sufrir. La tierra debe ser un paraíso. Alimenta amplias cosechas, árboles frescos y seres gozosos. Juan Bochild el ilustre tenía un *harem*. No está prohibido el poseer muchas mujeres. Pero es preciso que todos las tengan.

—Qué diablos de doctrina es esto?—dijo con voz baja Fischart.

Shakespeare ya no escuchaba. Lo que le interesaba eran los espectadores cuyas almas palpitantes y cuyos corazones ávidos de persuadir adivinaba.

—Hay hombres á quienes no basta el misterio universal y que desean someterlo á fórmulas, prestarles una figura humana. ¿Cómo penetrar en ese parterre de la fé cuyas flores pa-

¿Pueden tan embriagadoras? ¿Es la única metamorfosis que me hayan prohibido? He sido rodeado de creyentes. Mi madre lloraba al volver de la misa. Arrodillarse es un deber muy grande, puesto que se quema á los que no se prestan á ello. ¡Pero cuántas maneras diferentes hay de ofrecer al cielo sordo sus pecados y sus lágrimas!

El profeta proseguía su arenga sostenido por la atención sobrecogida del auditorio. Contaba su propia existencia, sus luchas y sus dolores, y esa relación conmovió al poeta más que tantas declamaciones.

—He conocido á Lutero. Era un hombre satánico que vomitaba fuego por la boca. En aquella época tenía yo confianza en él y me recibió á su mesa. Noté bien pronto que era tan monstruoso como el Papa. He conocido á Mathiessen y Borchhold, y he sido encerrado con ellos en Munster. Entonces me había hecho anabaptista y discernía la sabiduría. Por ella he sido martirizado. Mirad, mirad mis cicatrices.

Y bruscamente se quitó la camisa. Su flaco tórax y su espalda aparecieron, rajados, destrozados, rayados de líneas páldas que se destacaban sobre su piel oscura. Se puso á detallar sus suplicios, y la asamblea se fanatizó hasta interrumpirle por gruñidos de rabia ó gritos de alegría.

—Me han atado encima de la llama; yo sentía rajarse mi carne. Me han atravesado con un hilo la lengua y lo tiraban de arriba á abajo. Me han lacerado con ramas de espinas, látigos y coronas empapadas en vinagre. Distinguía frente á mí la cara divina que me alentaba. Todavía está aquí, aquí. Sonríe. Me promete salvar á cuantos se dirijan á ella. Sí, sonrojaos, amigos míos, porque es una cosa admirable que Nuestro Señor, después de haber sufrido tanto de los tormentos de sus apóstoles, tenga la bondad de curar por sus manos y de salvar por sus oraciones. Sonrojaos, porque vuestros clamores son oídos hasta en el fondo del cielo y vengan las injusticias y las atrocidades. Oh, tú, Omnipotente mientras yacías sobre la cruz y la vida terrestre no era ya para tus miradas más que una luz sangrienta ¿sabías que se desnaturalizaban tanto tus doctrinas y que tu augusta piedad sería enmascarada á los ojos

de los justos por una nube de blasfemias soeces y de ultrajes?

Mientras el entusiasmo sacudía los pechos, tomó aliento y replicó suspirando ruidosamente:

—¡Ay! ¡qué sombrío porvenir amenaza á los hermanos unidos! Veo una llanura cubierta de cadáveres, piras, patibulos; el negro atalaje del infierno. Los que saben las cosas terribles las dicen y sus palabras hacen temblar los monumentos. El suelo se raja. Los cuervos vienen á bandadas. Oigo horribles gemidos, clamores hoscos y malas risas. ¡Ay! el que podía traer la fraternidad y la justicia, está desterrado. Sus bienes han sido dispersados y mendiga sollozando. Hé aquí los cadáveres de los doce sabios. Sus cuerpos están atravesados de parte á parte. Sus llagas atraen las moscas y los gusanos. Un viento candente sopla de Alemania. Temed á un emperador con caso de hierro y cuyo aniversario es un domingo!

El terror, durante estas predicciones, invadió las caras, y como el instante de los milagros se acercaba, muchas mujeres cayeron al suelo, aullando entre convulsiones. El profeta descendió de su púlpito. Le llevaron enfermos. Le presentaron niños. Le hostigaban, le imploraban. Besaban su camisa, su cuerda y sus pies desnudos. El tocaba los miriones, los ojos muertos, los botones, las heridas pútridas; recitaba con gran precipitación girnes de rezos y hacía signos raros. A Shakespeare y á su compañero les costó mucho trabajo escapar de aquel tumulto.

Apenas fuera:

—Sí; es exactamente lo que me habían dicho—suspiró Fischart.—Estos anabaptistas son locos. Cosa que me apena, porque en sus teorías hallo cosas excelentes. Aman la independencia y tienen un vivísimo sentimiento de la igualdad. Las fortunas en común, la tierra en común, el alimento en común..... ¡Qué bien apartaba ese viejo las dificultades!... En el fondo, esas gentes siguen el mismo camino que yo. Procuran salir de la religión. Pero no se dan cuenta..... ¿Y vos, querido amigo? Permanecéis enigmático ante esas delicadas cuestiones. Según parece, lleváis sobre vuestro seno un pequeño cru-

cifijo de marfil. Pero no pareceis muy atormentado por el más allá.

—Un dogma definido restringe la imaginación—respondió Shakespeare.—Sobre estos vastos asuntos no se expresan más que vulgaridades. Los hombres arrojan ahí toda su necesidad de cosas vagas, todos sus terrores nocturnos, y en cuanto á las almas medianas, es un refugio cómodo. Pero en lo más profundo de mi naturaleza hay una necesidad de admirar las pasiones por sí mismas, y la fe es á mis ojos una pasión de un género particular que arranca algo á todas las otras. Su exceso de humanidad toca al orgullo y sus maceraciones son vecinas de la lujuria.

«Torna su vigor á esas fuerzas perversas á las que están suprimidos como frutos nuestros más altos pensamientos. Por eso, cuando se descompone, afecta formas monstruosas. Conoceis la fe, sus angustias, sus vacilaciones y sus sorpresas. Habeis pasado de una doctrina á otra con remordimientos, sudores y temblores. ¿Conoceis, Fischart, el imperio del engaño? Está contiguo al de las religiones. Allí circulan extrañas figuras, tan superiores á la razón como la razón es superior á los sentidos, y tan dominadoras que no podeis escapar á ellas, y tan sutiles que os es difícil pretender que un deseo que no se puede confesar no está en la fuente del deseo más noble. No procureis seguir vuestros estremecimientos. Os llevarían á las religiones malditas. No somos más que grutas subterráneas llenas de las larvas más infectas, pero es cierto también que ese albañal nos alimenta, nos exalta, y cuando más poeta es uno, más lo aspira; los que hablan del cielo mienten porque saben que su génesis está en el lodo. ¡Oh! pobres suplicios del infierno! ¡Pobres delicias del paraíso! A medida que se aleja uno del cuerpo, pierde la clave de los grandes misterios. Al nacer, traje una facultad atroz: lo que para los otros no es más que un espectáculo es para mí estremecimiento. Y cuando me incliné sobre mis emociones, vi hervir tales demonios que los del púlpito fueron para mí ciudadanos inofensivos.

Aquella misma noche en una coquetona hosteria de segun-

do ordea, un notable *burgués* de Leuwarden dió á los viajeros muchos datos sobre los anabaptistas.

—Somos una selva de árboles de esencia diferente y la religión de cada uno es diferente de la del vecino, puesto que ante todo somos partidarios de la libertad. Además, ¿cómo reconocerse en medio de tantos profetas? Los unos predicán la miseria, el ayuno y las flagelaciones. Los veis pasar por los caminos, que entristecen con sus aullidos. Mascan tierra, legumbres empapadas en agua sucia, gusanos y á veces estiércol. Otros aconsejan el lujo desenfrenado, las riquezas, la orgía y las mujeres. Los hay que viven en verdaderos serrallos y tiranizan á las desgraciadas hasta satisfacer sus más inmundos caprichos. Los hay que quieren la destrucción. Son los más temibles. Roban, matan, saquean. Si se les tolerara no dejarían en pie un monumento, y nos conducirían á la manera de las bestias feroces. Algunos están por la inmovilidad. Miran pasar el tiempo y las cosas como si desenvolvieran una tela pintada, y no dan su opinión sobre nada, no hablan, rumiando lo bastante para conservar una existencia tan lastimosa.

Además, la mayor parte se creen Cristos nuevos, y á imitación de Jesús, envuelven sus enseñanzas en parábolas, afirman que su doctrina es la única capaz de salvar á sus semejantes, que es necesario que todos la prediquen que los bienes de este mundo deben ser puestos en común y compartidos equitativamente. Esplican, si son morenos, que el Salvador era moreno; si son chatos, que tenía la nariz chata; si son jorobados, que tenía una joroba, y muchos imaginan que son una reencarnación del Cristo ó de los antiguos profetas. Tienen un gran orgullo y respeto de sí mismos, copian los gestos que se ven sobre los antiguos cuadros y procuran recomendar los milagros. Uno pretendía resucitar los muertos. Bailaba y pateaba alrededor de las tumbas abiertas, apostrofaba al cadáver y trazaba dibujos sobre el suelo. Pero en vano. De día, los chiquillos le escoltaban. De noche, los perros aullaban en derredor de él, y era un terrible espectáculo, os lo aseguro, el

de ese pillo, de pie sobre el muro de un cementerio y gritando á voz en cuello:

—Levántate. Levántate. He aquí el juicio final.

—¿Y todos tienen discípulos? —interrumpió Fischart.

—Todos. No hay ningún absurdo que no encuentre defensores. El que se lacera el cuerpo tiene su cohorte, y el que adora el fuego, el agua, las nubes ó el diablo, tiene la suya.

—Entonces, cuál es el lazo de tantas creencias distintas y cómo os reconocéis entre ellas?

—En el bautismo tardío. En verano, la ceremonia es vulgar; pero en invierno veríais chapuzarse en el hielo cuerpos de adultos y de viejos que si no fueran preservados por la fé, soportarian mal esa prueba. Se les sostiene bajo los brazos y descenden al hueco verdoso rezando y castañeteando los dientes. Algunas veces se desmayan y hay que subirlos en seguida. La muerte, en este caso, es considerada como un beneficio del cielo, y se llega sin pecados ante Dios.

El asombro de sus oyentes estimuló la charla del *burgués*.

—Si yo quisiera enumerar las extrañezas de nuestra secta, estaría aquí hasta mañana por la mañana. Cuando paseis por Dorkin, que es una aldea situada cerca de Groningue, id á ver á Weslar, el desnudador de escrúpulos. Es costumbre, entre los anabaptistas, que se celebren una vez á la semana, de noche, reuniones de hombres y mujeres, reuniones en que se canta bailando hasta que la cabeza dé vueltas y que los miembros se abotaguen. Entonces se apagan las luces y en la oscuridad cada uno sigue su inclinación al azar.

Y sucedió que ese Weslar notó, al fin de una fiesta, que había abusado de su propia madre. Cayó en una desesperación espantosa, que le encaneció y le hizo deforme, pero además le dió el privilegio singular de apaciguar los remordimientos de otro. Para todos los casos embarazosos, para las vacilaciones de conciencia, para las penas candentes, se le consulta y halla él solaz. Así la Providencia utiliza al pecador.

Fischart y Shakespeare pudieron verificar la exactitud de esas frases. Encontraron á los profetas ahulladores, cuyo estruendo espantó á *Huracán* y *Vindex*, y que aprovechando una

hermosa noche de fin de Agosto, ladraban como perros. De pie, sobre una piedra, medio desnudo, inmóvil, vieron un *estilita* cubierto de grasa, polvo y lodo. Las gentes de la aldea vecina le llevaban de comer, una vez al día. Sus excrementos le rodeaban. Al crepúsculo, mientras las vastas praderas bajas se adormecían en un esplendor rosado, atravesaron por entre un grupo de hombres y mujeres que marchaban con caras inspiradas, llevando ramas en forma de palmas y cantando. Se imaginaban estar en el Paraíso, entre los ángeles y los bienhechores y no notaban á esos dos caballeros asombrados, como tampoco notaban los cuervos graznadores que volaban por encima de sus cabezas. Fischart dijo á Shakespeare.

—Es tiempo de que dejemos á esos iluminados. Su vértigo me atrae. ¡Qué estupor para mis amigos si me pusiese á adivinar el porvenir y á contar las maravillas del Purgatorio y del Infierno!

El poeta replicó:

—No nos haremos anabaptistas, pero es probable que sus costumbres dejarán una huella en nuestras almas. La religión utiliza los recursos de los caracteres, violenta en los violentos, preciosa en los preciosos, cruel en los crueles y dulce en los dulces. Bien que pretenda llevar al hombre más allá de su carne, es profundamente humana, y toda nuestra Reforma está relacionada sin duda á una necesidad de espíritu crítico cuya novedad os agita. Es cosa sorprendente que una modificación del pensamiento pase así á la sangre y los músculos. ¿No son las imágenes, aun las de los iconoclastas, las que ordenan nuestra flexibilidad animal? Los menores granos de nuestra piel son para mí otras tantas ideas muertas. Representan antiguas creencias, ilusiones y sueños. Las sensaciones llegan hasta nosotros á través de esas ruinas, y he ahí lo que me explica su dejo melancólico, su apariencia lúcida. Rodeados de cadáveres, cercados de sepulturas, marchamos por la vida, con ojos sombríos y el gesto inquieto. Todos esos mártires y profetas nos ensombrecerían más si nuestros corazones se dejasen dominar.

—Sois un pagano de estilo moderno.

—Creo en las pasiones divinas. Desde que nos agitan, ¡adiós los fantasmas! A olas nos atraviesa el Mundo, con sus selvas y sus ríos, su océano, sus ciudades, y la diversidad de sus seres. Nos parece cosa maravillosa, que todo fué creado para nosotros. El deseo nos arroja entre los sistemas que nos agradan. ¿Es malo adorar la luna que fué siempre propicia los enamorados, y el sol en donde se calientan los héroes? Tratadme de egoísta. Yo marché a la alegría. . . .

—¿Cerrando los ojos ante el dolor de otro, ante los desastres, ante los malvados, ante la guerra, ante el hambre?

—No, con los ojos completamente abiertos; pero la alegría de que hablo está más alta que el dolor, que el luto y que el cuidado; alegría que contiene en sí hasta el sacrificio. Amo tanto como vos la rebelión, Fischart. Pero la rebelión solo es posible con la alegría. Vuestra embriaguez satírica es gozosa. Yo necesitaría una religión alegre, de donde estuviera destinado el temor de las quimeras húmedas ó llameantes de ultratumba y que no apagara al individuo por la piedad ó las vanas maceraciones. Desprecio á los agotados y exangües y á los que se dejan degollar. Hay en las desgracias y los sufrimientos excesivos algo de hosco que los hace aceptar por los poetas; pero ninguna sumisión de ningún género puede ser una fuente de bellezas.

Otro día reposaron en una granja, donde un ciego predicaba la renuncia. Las gentes iban allí de muy lejos para oírle. Hablaba elocuentemente de la fragilidad de los bienes terrenales y de los bienes de la vida futura, y cuando alzaba, su cara extinguida de párpados hundidos, con una expresión de beatitud hubiérase dicho que veía sus propios espejismos. Exaltaba las luces del cielo, el deslumbramiento de sus pedrerías, y multitud de soles entre los cuales juegan los ángeles de alas deslumbradoras. Apaciguaba su dotencia por esa orgía de colores ideales. Pero cuando hubo acabado y se creyó sólo, so su cabeza entre las manos y gruesas lágrimas corrían de sus ojos sin miradas.

—Fijáos,—dijo irónicamente Fischard—en que éste es un

poeta. Se engaña con imágenes. Marcha á la alegría. Y luego, acabada la función, vuelve á su condición natural de pobre estropeado, lo cual es la desesperación y el abafamiento.

Porque el libelista tenía el rencor de ideas tenaces. Shakespeare respondió:

—Su ilusión no era bastante fuerte. El verdadero poeta tiene en sí demasiados universos iluminados para que la pérdida de uno solo pueda desconsolarle. Cada emoción violenta nos ciega y acontece que después de un gran amor, se halla uno perdido en las tinieblas. Invoquemos entonces una metamórfosis segura y guiados por el orgullo ó la ambición evadámonos de toda estancia oscura.

Desde que llegaron á Dorkun, los dos compañeros se informaron de Weslar, el desanudador de escrúpulos. Les indicaron una especie de cabaña al final de la aldea. Entraron. En la única habitación estrecha y desnuda, un hombre de cara joven apesar de sus arrugas precoces, de ojos estrañamente móviles, de cabellos blancos, preguntaba en voz baja y monótona á una porción de aldeanos y de *burgueses* de ambos sexos, que mientras que le hablaban evitaban mirarle. Vestido de una simple piel de pelos rudos, estaba de pie y desnudos los pies sobre un tapiz de plantas espinosas que pateaba después de cada interrogatorio, gimiendo:

—¡Perdonad al maldito! ¡Perdonad al incestuoso! ¡Implorad para él la gracia celeste!

Ante él había un hombre grueso explicando con volubilidad su caso. La espalda robusta tenía un temblor.

—He creído en el sacramento de la eucaristía y ahora sé que me habían engañado; pero á veces caigo en mis antiguos errores. Entonces siento el calor infernal. Oigo á los demonios gritarme: «¡Estás condenado! ¡Nos perteneces!» Salgo de mi casa y corro como un loco por el campo. Sus aullidos me persiguen. No me dejan reposo alguno.

—Los dos nombres?

—Los dos más encarnizados son Selbath y Magdrom.

—Vuélvete tranquilo á tu casa. Escribe dos cartas para explicarles tus razones y verás cómo, la verdad iluminando tu

espíritu, sus chillerías no harán nunca de ti un renegado. ¿Eres rico?

—Tengo tres granjas y muchos rebaños.

—Da la mitad de tus bienes á los pobres. El agradecimiento de los desgraciados es una salvaguardia. Anda y perdona al maldito.

Tocó el turno á una joven bella. Durante su confesión tenía fijos, con tenacidad, los ojos en el suelo y su malestar era delatado por los gestos nerviosos de sus manos cargadas de sortijas.

—Adoraba á mi madre. La creía muerta de muerte natural. Una serie de circunstancias me han enseñado que mi padre, hombre muy violento, la había matado en una disputa. Después, una persona, un cualquiera, me manda asesinar á mi padre. Creo que es mi adorada madre quien me habla: «Coje un puñal y véngame.» Cojo el puñal, la miro, camino hasta que veo la casa de mi padre, á quien amo todavía apesar de mi odio. Al llegar allí, mi sangre se hiela. Imposible dar un paso más. Caigo al suelo y sollozo. Como si tuviera fuego en mis ideas. O cuando viene á casa, espero envenenarle, y en el momento decisivo corro á escondidas á romper el vaso en donde he vertido la cosa fatal. Sueño con mi acto. Le tengo sujeto por los cabellos y le corto el cuello, pero la sangre por tierra corre y dibuja una larga frase de maldición. No como, ni bebo, ni puedo dormir. Cuando le miro, pienso que me ha adivinado y que sus ojos están mojados de mudos reproches. Si no me curas, soy yo quien sabré de estas torturas.

—¿Estás casada?

—Sí, y tengo dos hijos. Sus gracias no me conmueven. Aun cuando estoy sentada á mi puerta ó en mi cuarto, y rumio mi deber, su charla me es odiosa. Son pobres pajaritos sobre un árbol que gorgean al lado de un desastre.

—¿Tu marido no te consuela?

—Lo ignora todo. Mi amor se ha retirado de él, porque mi venganza lo necesitaba. No sé ya con qué alimentarla para que tenga fuerza y valor. Todo me repugna: el aire puro, el cielo, las flores y la ternura. Las caras dichosas me indig-

nan no que las envidia; pero son fachadas hipócritas y cada cual arrastra, como yo, un destino que no se cumple.

—Piensa, mujer, que tengo en el fondo de mi conciencia un martirio mucho más espantoso que el tuyo.

—Ya lo sé; cúrame para que yo pueda compadecerte.

—Escucha. Ningún crimen es un deber; esas son sugestiones del diablo.

—Te repito que es mi madre quien habla.

—El diablo usa de todas las voces. Me pareció que eran Dios quien me ordenaba ir á esa fiesta en donde me he manchado del pecado más abominable. Ningún crimen es bueno ni necesario. Esto te explica el que yo no me haya matado. Mezclo mi historia innoble á la tuya á fin de que mi espectáculo te reconforte. Los muertos no piden la muerte para otro, porque están por encima de la tumba, de la venganza y del odio, y los verdaderos espectros son indiferentes. Nos rozan perfectamente sin conmovernos. Cesa, pues, de frecuentar á tu padre, puesto que estás segura de que es culpable. Olvida el pasado. Has una imagen blanca en tu alma y vuélvete hacia el porvenir que tiembla por tus hijitos. No cuentes nada de tus sufrimientos á tu marido, porque los exasperarías, pero sé para él una esposa. Así, de día en día y de hora en hora, tu dolor disminuirá y reales deberes tomarán el sitio de un deber insensato. Véte y perdóname.

Durante las escenas siguientes, menos dramáticas, algunas infantiles y simplemente maniáticas—porque se consultaba á Weslar sobre las circunstancias más fútiles y más graves—Shakespeare no pensó más que en esa frase que quedaba en sus oídos deslumbrante y de una entonación tan amarga.

—Cada uno arrastra como yo un destino no cumplido. ¡Enervante del hombre del alma entre tantas dudas burlonas! En el fondo de la voluntad yace el escrúpulo, monstruo inaseguible, de movimientos viscosos, cuya vara envuelve todos nuestros actos. Cada deber se nos aparece como un árbol de muchas ramas; ¿cómo escoger aquella en donde están los frutos y en donde se verá la conciencia para apagar su sed? Colocados ante nuestro espejo íntimo, nuestros proyectos dan-

una imagen inversa; la vista nos paraliza. Los mismos que, marcados por la fortuna, parecen marchar con paso irresistible al fin, se desvían, metamorfoseados y rotos por el escrupulo. Como en los juegos de la infancia, nos tiende sus dos manos para hacernos adivinar el buen camino y nos engaña de un modo tal, que cada nuevo ensayo es una derrota. Porque nuestro enemigo rebosa en nuestros errores para calcular nuestro carácter y nos ofrece muchas veces lo falso cuando esperamos tener en nuestras manos lo verdadero. Nuestro destino es un alfabeto revuelto y las letras varían de color y de forma entre nuestros dedos temblorosos. Por lo tanto, muchos renuncian al deber. Se apartan de un problema insoluble. Como lo aconseja Weslar, ellos hacen blanco su corazón y dejan al azar que ponga lo voceración. Lo que encorva el lomo de los hombres, es el peso de las cosas que no realiza. Marchan hacia la tumba cargados de ese lúgubre fardo, y acabada la pantomima, nadie puede decir si ha cumplido puntualmente el programa.

Salieron del antro de Weslar para huir de las lamentaciones del desgraciado, y Fischart, como si su pensamiento hubiese seguido al de Shakespeare, gritó:

—¡Cuánto compadezco á aquél cuya vergüenza llega á ser un remedio y que lenifica el egoísta valor humano por la ostentación de un mal mayor. ¡Ah! yo conozco el escrupulo! Me ha desembarazado de la fe. Socarrona, tácitamente, me expulsaba de un dogma y me empujaba á otro. Bajo esas picaduras sutiles, me he desbocado y he hallado que el mejor medio para escapar á mi adversario era la decisión brusea. Los escrupulos son innumerables. Yo los huelo, como los tímidos ó los orgullosos, en cierta vacilación del lenguaje, en algunas retenciones perpetuas, en pliegues de fisonomía, en el vacilar de mi mirada. Los hay roídos hasta el alma y que mueren. Más vale un gran remordimiento que ese hormigueo sin tregua. Otros arrastran en el sudor de angustia una existencia echada á perder. Los últimos, y yo soy de esos, recobran por una brusca vuelta, que arriesga luxionar la conciencia. ¡Cuántos criminales, cuántos traidores, cuántos apóstatas por un es-

crúpulo! Quiero escribir sobre esto un folleto y dedicarlo al protestantismo entero, que apenas nacido, muere de ese vicio degradante.

Pasaron en Groningue la mitad de una semana. Fischart estuvo de un humor insoportable. Estudiaba sobre aquel mismo lugar el reparto de los bienes, la fusión de los recursos naturales y la igualdad perfecta, porque allí las puras doctrinas anabaptistas eran practicadas y producian resultados dichosos. El libelista se indignaba de ser desconocidas verdades tan sencillas.

—¡Nada de leyes! ¡Nada de reglas absurdas! ¡Nada de gobierno! ¡Nada de autoridad! ¡Nada de injusticias!

Parecia que de esa sociedad hubiera desaparecido la envidia, por completo. Cada cual trabajaba poco y parecia contento de su suerte. El mercado era especialísimo, porque los animales, los útiles propios á la agricultura, las telas y aun las joyas estaban sobre la gran plaza de la ciudad. Los habitantes, sin clamores, ni empujones, ni disputas, iban á escojer allí los objetos que les convenian. No existía la policía y cada cual velaba por el mantenimiento del orden.

—¡Cuando pienso,—gruñía Frischart—que el sacerdote ha nacido de la necesidad de mentir, el soldado de la de matar y el juez de la de robar! Y lo más terrible es que sobre cada uno de los tres estercoleros esos han brotado algunas flores de heroísmo que perpetúan su infamia. El martir, el héroe y el árbitro son citados por todos nuestros sofistas como las puebas de nuestra excelencia moral. Yo reclamo el fuego para la Iglesia, la ciudadela y el pretorio.

En la mañana del 8 de Octubre, á la escasa luz de un cielo bajo y sombrío, los viajeros, atiborrados de estravagancias religiosas y sociales, llegaron á las orillas del Erms, que separa los Países Bajos de la Westfalia.

—¡Salud, vieja Alemania!—gritó Jean Fischart—Bien que me hallas mecido sobre un seno un poco rudo y que tu alieno aprestara amenudo á matanza, te amo. Te amo, porque

habrás sido para los pueblos la señal de la libertad. El viento de la crítica y la incredulidad soplaba á través de tus selvas de pinos, y en tus tuscas llanuras heladas, tropezaron las patas del diablo. Traigo para ti un extranjero, mi amigo el Sr. Shakespeare. Está ávido de sensaciones violentas. Muéstrale tus senos hinchados, haz oír tu voz ronca, reúne tus imágenes!

Del río, estendido en ancha banda tumultuosa, salía una bruma espesa que enmascaraba á medias la otra orilla. Los dos amigos, colocando sus manos como un porta-voz, llamaron vigorosamente al botero, quien luchaba contra la corriente y dirigía con gran trabajo su barca. Oyeron un gran grito: «Huracán» y «Viudex» relincharon. Un caballero, contorneando una especie de ventrículo, pasó por el ribazo y fué al encuentro de ellos.

A distancia notaron su cabalgadura ovesa, su traza elegante, su capa encarnada, su ancho sombrero de igual color, y de plumas blancas. De cerca, vieron que era un gentilhomme vestido y armado con riqueza, alto, esbelto, de cara regular y fiera, cabellos rojos, bigote rojo y ojos grises alentejuelados de oro.

Saludó sin afectación, y dijo en alemán, con voz musical:

—El botero no se da prisa.

Y repitió la frase en inglés, como para que escojieran.

A los pocos segundos, habían tenido lugar las presentaciones. Shakespeare y Fischart supieron que se hallaban ante ellos Sir Felipe Readway, poeta caballeroso, célebre por sus viajes, sus aventuras y sus bravuras, autor de «La Cuadrige», brillante comedia de magia, y de muchos sonetos notables. Sir Felipe Readway conocía el nombre afamado de Jean Fischart, y se alegró mucho de encontrar un compatriota.

El botero, refunfuñando llegaba á la orilla. Los tres caballeros echaron pie á tierra y entraron en la barca, llevando á sus animales de la brida. «Huracán y Viudex» trababan conocimiento con sus buenos camaradas.

—Este se llama «Robin» —dijo su amo, acariciando la

dosa crin—Es mi mejor amigo. En cuanto escribo una poesía, se la recito. Me da su opinión con sus orejas y su buen morro presco. El y Clorinda—y tocó repetidas veces el pomo de la espada,—me acompañarán fielmente (asi lo espero) hasta mi muerte.

Cuando supo que Fischart y Shakespeare iban á Hamburgo, tuvo un movimiento de sorpresa.

—Yo también. Tengo en Kiel, para la víspera de Navidad, una cita de honor y no puedo faltar á ella.

Como estaban de buen humor, se convino en que harían el viaje juntos, y tal es la atracción de las inteligencias, que apenas desembarcaron del otro lado del Erms, Readway, William y Fischart, habían comenzado una discusión estética rimada por el paso de los trescaballos.